Camino al delito (Cap VII)

Daniel Vasquez Salas

Capítulo 1

Claudia era la chica más dulce que conocí en mi vida. Mi tía viajaría esta tarde a Ayacucho donde mi abuelita y pensaba en Claudia. Imaginé a mamá radicando en España. "Trabajando y trabajando para este bastardo sistema". Las cuatro mujeres de mi vida, cinco, incluida la china. Quizá seis, si su mamá, mi tía Felícita no quiera emular a un militar retirado con su gran escarapela y su cátedra del buen vivir. "Estos días hemos conversado muy poco, desde que dejé la universidad, quizá deba hacerle caso a mi tía, a una chica hay que darle su lugar". Quizá deba cambiar algo por ella.
—Hijo, volveré en unos meses. Te me vas a cuidar. Además, necesitas estar solo. Hacerte un hombre.
—Claro, tía, no te preocupes. Yo sé como arreglármelas.
—Debo estar con tu abuela, no puede estar sola allá.
—Me alegra bastante que estés con ella, tía. No quiero sentirme una carga.
—Sí, quizá fue lo mejor. La abuela no debe estar sola.
—Claro, tía. —Sonreía.

Mi tía querida. La mejor tía del mundo. Claudia, la mejor novia del mundo. "Debo tener un problema psicológico de Edipo". Cuando mamá se fue a España me quedé llorando días enteros. La eterna mirada triste de mi madre, una mirada vacía extendida al universo que me obligaba a gravitar en su cosmos. Una diosa envenenada de fragilidad, una montaña de mentiras y amor, había algo en sus ojos que me hacía llorar de niño, hasta hace algunos años. "Hoy las cosas son diferentes, me siento tan frío, tan vacío." Estaba en cama acurrucado como feto, llorando con Yvon, mi prima chinita, me abrazaba llorando también compartiendo aquel escenario tan lejano. "Tu mamá va regresar, Daniel, solo unos añitos."
—Tienes que comer a diario, no dejes de comer. Haz lo que quieras pero come, hijo.
—Máximo va venir a diario, él me va cocinar. No tiene nada que hacer tampoco, el pobre.
—Sí, es un experto cocinero.

Llevaba poco menos de tres años de pareja con Claudia, no tenía cómo agradecerle su compañía. Debe ser un poco problemático hacerse de pareja con un chico como yo con una severa incompetencia para expresar sus sentimientos más profundos, mal que en cartas y narraciones sí le cautivé.
—Te acompaño a la estación, tía.
—Gracias, hijo. ¡Que noble mi hijo!
—Ay, tía. Que exagerada. —Cargué las maletas más pesadas.
—Tía, Claudia últimamente me reclama algunas cosas. Pero yo me siento muy frío, más enconado en mis propios pensamientos.
—A una chica hay que darle detallitos, regalos, sorpresas. Ser un hombre

detallista.
—Está bien.
—No seas como tu tío.
—Esa basura. No me compares.

Claudia nació en el mismo hospital que yo, en la amenazante Villa el Salvador y en el mismo mes. Su temprana niñez y adolescencia la vivió en Villa, trasladándose de alquiler en alquiler con sus padres, entonces muy pobres. Además, un padre adicto a los juegos de azar, una madre con cierta tendencia a la histeria. La carencia le obligaba a su madre a trabajar y dejarla en soledad durante años. "Vivía solita, veía la tv, mis hermanos me visitaban, pero no vivían conmigo". Dos medios hermanos por parte de su mamá, era una muchacha con los ojos solitarios que me enamoraron. Una mujer muy buena, no tiene maldad con nadie.
Claudia me recordaba a mamá. "Estas fechas son extrañas."
—Chau, hijito. Dame un beso. —Abrazo fuerte.
—Vuelve pronto, tía. No te preocupes. La china me va vigilar.
—Claro. Lo sé. Ella te quiere mucho. Trátala bonito y respeta a su novio.
—Al valeroso e indiscutible abogado. Claro. Entendido.
—Sí, hijo. —Mi tía yacía en los asientos azulejos, grises y celestes.
—Este color del bus me trae tantos recuerdos de infancia.
—Tienes que visitarnos.
—¿Quién cuidará a los perros?
—Tu tía. —Ese olor a sierra, a las roscas, a las plantitas y riachuelos.
—Ve, hijo, ya va avanzar. —Otro abrazo. Mi tía estaba exageradamente abrigada.
—Cuídate, tía. En unas semanas iré.

Vi a mi tía embarcarse en el bus Sanchez. El mismo desde mis albores. Me sentía decrépito al reconocer los olores típicos de tal pericia de viajar de niño, cuando yo odiaba los viajes porque me causaban nauseas los trechos largos y peor, un día entero escalando montañas infinitas. "Que jodido he sido de niño. Mi tía se va sentir mejor sin mí." Me despedí con la mano. Quizá sea la última vez que la vea. "Hoy puede que muera. No, Nietzsche. Eterno retorno." Los ponchos vendiendo pastillas para las náuseas, roscas, termos, los paquetes grandes, las caras mancilladas y trigueñas. "Esto es el Perú, una gran y poderosa ficción encadenando a todos sus hijos". Como siempre, cogí mi bus a casa odiando el sistema tecnológico. Odiando todo lo que me rodeaba. "Esto es Lima. Esta es la ficción, este es el progreso, este es el porvenir. Vaya mierda. Me quedo con el alemán y la muerte."